

# TEATRO UNIVERSITARIO

HAN venido a verme cinco universitarios. Me traían una copia de las Conclusiones de las Primeras Jornadas Nacionales de Teatro Universitario celebradas en Murcia. Ha sido una visita reconfortante. Al menos, aquí hay un síntoma de esperanza.

El tema del teatro universitario español es apasionante y, a menudo, equívoco. Va ligado íntimamente a la necesidad de un «teatro popular», de cuyo concepto ha hecho la Universidad española la primera batalla.

La historia comienza con Benavente, todavía bajo el rescoldo romántico. Había que sacar el teatro a las plazas de los pueblos y contar con un nuevo destinatario. El propio Benavente —antes de su claudicación definitiva— consideraba la «sensibilidad popular» muy superior a la de los públicos de clase media que iban a ver sus comedias.

Vino luego, con la apertura de los años treinta, «La Barraca» y el «Teatro de las Misiones Pedagógicas», dirigidos, respectivamente, por García Lorca y Alejandro Casona. Fueron dos grupos teatrales enclavados en una corriente general que algunos han calificado de «farandulismo». El universitario esperaba su verano para ir a recitar los clásicos ante masas campesinas y olvidadas.

Entre las muchas entrevistas hechas a García Lorca para que hablase de «La Barraca», hay una, por ejemplo, de 1934, a cuya primera pregunta contesta el autor y director: «“La Barraca”, para mí, es toda mi obra, la obra que me interesa, que me ilusiona más todavía que mi obra literaria, como que por ella muchas veces he dejado de escribir un verso o de concluir una pieza, entre ellas “Yerma”, que la tendría ya terminada si no me hubiera interrumpido para lanzarme por tierras de España en una de esas estupendas excursiones de “mi teatro”.» José María Salaverría apostillaba así otra entrevista a Federico: «El invierno extrema sus rigores y vierte sus molestias por campos y caminos. Sin embargo, “La Barraca”, el pintoresco falansterio de los comediantes, la casa ambulante de la camaradería, no interrumpe sus aventuras a lo largo de los pueblos, con su cargamento de telones, de trajes arcaicos, de poetas y estudiantes. ¡He aquí unos hombres a quienes envidio de verdad! Quisiera tener veinte años sólo para irme a vagabundear con ellos por las carreteras...» Estaba, pues, en el aire, en la estética y en la visión social de España, esta «llegada del cómic» universitario que combate la tristeza y la sequedad imaginativa del pueblo.

¿Hasta dónde era válida aquella postura? Históricamente cumplía una misión: contar con el destinatario popular. Pero pecaba de romanticismo y no se planteaba los problemas «desde dentro del pueblo», sino frente a él. ¿Era lo mejor que podía hacer el teatro universitario por el lugareño esto de sacudir su imaginación durante un par de horas? ¿Qué sentido tenía llevar la alegría del universitario a cualquier rincón y volverse a marchar?

En todo caso, no era bastante. Pero la burguesía liberal española no daba para más. Y, en última instancia, en el caso de García Lorca, por ejemplo, lo daba con la mayor abnegación personal y artística.

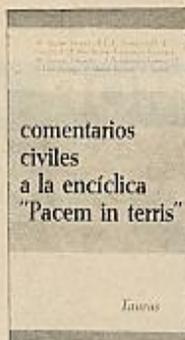
Por los últimos años cuarenta, el teatro universitario volvió a hacer acto de presencia. Apuntaba hacia dos objetivos: la revalorización, o quizá primera consideración española sería, del director de escena y la atención sobre títulos que no estaban en los escenarios comerciales. Dentro de esta etapa cabe también fijar el comienzo de una serie de autores, al principio unidos por un sentimiento general de rebeldía, pero luego, en los casos de incorporación profesional, profundamente diferenciados.

Luego, el teatro universitario entró en el caos. Fui jurado de un Festival Nacional, mediatizado y lamentable.

Ahora, en Murcia, ha habido un despertar. Las Primeras Jornadas Nacionales de Teatro Universitario, celebradas con la concurrencia de todos los distritos universitarios españoles, arrojan conclusiones que parecen señalar nuevos propósitos. Señalaré algunas de estas conclusiones: 5.—Creemos que el público es el protagonista del teatro. 6.—En consecuencia, rechazamos el monopolio de una clase social sobre el teatro. Urge recuperar a la clase trabajadora como público teatral. 7.—Se impone, por tanto, una revisión del repertorio dramático en función de este nuevo público; es decir, un nuevo teatro para un nuevo público: un teatro popular. 8.—El teatro popular responde a un concepto teatral en el que debe tomar cuerpo la mentalidad universitaria.»

Ciertamente, en las conclusiones parecen señalarse los contenidos de este teatro popular que se postula. Se habla de «compromiso social», de «amplia libertad de expresión», de una «preocupación de signo didáctico». Tampoco los universitarios del 64 pueden hacer más. El teatro universitario habrá de apoyarse otra vez en la moral de una minoría, porque para que el pueblo sea protagonista del teatro, como se dice en la conclusión quinta, lo ha de ser previamente de la historia.

JOSE MONLEON



por fernando molinero

"comentarios civiles a la encíclica pacem in terris"

QUE la Encíclica «Pacem in Terris» ha sido uno de los acontecimientos más importantes de estos últimos años; que por su contenido expresa el intento de una puesta al día del pensamiento de la Iglesia; que por los problemas que trata y por la forma en que los trata es una grave e inexcusable llamada a la libertad, a la paz y a unas justas relaciones entre los hombres; que es una Encíclica de nuestro tiempo, son cosas que todo el mundo sabe. No vamos, pues, a descubrir Mediterráneos. Pero si queremos, al glosar este interesante libro, «Comentarios Civiles a la Encíclica Pacem in Terris» (Editorial Taurus.—Madrid, 1963), empezar por rendir un cálido, entrañable homenaje a su Santidad el Papa Juan XXIII, de cuyo breve, pero tan decisivo Pontificado, han salido frutos de la importancia de esta Encíclica, esta Encíclica que, muy acertadamente, ha sido calificada como la Encíclica de la libertad, la cual manifiesta de una manera muy explícita e inequívoca el pensamiento actual de la Iglesia en torno a las realidades políticas y sociales de nuestro tiempo, como puede verse tras la lectura de su texto íntegro, de tan rico y profundo contenido; texto que se recoge en la segunda parte de este libro que glosamos.

De diez comentarios «civiles», salvo los artículos «La Encíclica Pacem in Terris y los hombres de buena voluntad», del P. José María Díez-Alegria, S. J., y «Una Encíclica para la juventud», del P. Federico Sapeña, consta la primera parte. En ella, y desde distintos ángulos, pero sobre la base común de una identificación con los principios que informan la «Pacem in Terris», varios intelectuales católicos, todos ellos de un alto prestigio, analizan los aspectos civiles —no teológicos— de la misma. He aquí sus nombres y los temas por ellos estudiados: «La Encíclica Pacem in Terris y la edificación de una democracia supranacional», de Mariano Aguilar Navarro; «Meditación para España sobre la Encíclica Pacem in Terris», de José Luis Aranguren; «Guerra, paz y orden internacional en la Pacem in Terris», de Juan Antonio Carrillo; «La institucionalización del poder, una nueva perspectiva de la Pacem in Terris», de Eduardo García de Enterría; «La Pacem in Terris en su relación con el Vaticano II», de Manuel Giménez Fernández; «La coexistencia internacional en la Pacem in Terris», de Julio D. González Campos; «Consecratio mundi», de Pedro Laín Entralgo y «Ordenación político-constitucional de las comunidades nacionales», de Sebastián Martín-Retortillo.

Casi todos los títulos son bastante expresivos en cuanto a los aspectos de la Encíclica elegidos para su comentario. En su conjunto, estos trabajos ofrecen un gran interés. Es verdad que la Encíclica se explica por sí sola, que es lo suficientemente clara, inequívoca, concreta, como para no necesitar de más complementos. Ello no es obstáculo, sin embargo, para que las exégesis aquí contenidas nos parezcan muy interesantes, como decimos, y para que consideremos este libro como uno de los más valiosos de cuantos se han publicado en España sobre esta obra maestra que es la «Encíclica Pacem in Terris.»

"días y sueños",  
de victor malcas

ESTE libro, «Días y sueños» (Ediciones Fomento de Cultura.—Valencia, 1963), contiene catorce cuentos, interesantes en su mayoría, y alguno de ellos —como «El nieto», por ejemplo, que obtuvo el premio «Escritores Valencianos» de 1958, y que ya hablamos tenido ocasión de leer anteriormente—, francamente bueno.

Es característica definitoria de todos estos relatos el constante intento de su autor, Víctor Malcas, de dotar a sus personajes de la máxima humanidad. Tomando pie en anécdotas mínimas, extraídas de la vida cotidiana, Malcas trata siempre de llegar al fondo humano de todos los problemas. Aunque el planteamiento de estos problemas no nos parezca siempre el más acertado y exacto —como ocurre en «Un hombre regresa a su patria», donde se incurre en lamentables simplificaciones—, es lo cierto que, por lo general, casi todos los personajes llegan a conmovernos, a pulsar nuestra sensibilidad. Por otra parte, la prosa del autor es hábil, inteligente, rica, cuidada, y cualquier objeción en este terreno sería secundaria.